



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
FEBRERO DE 2013 Número 134 Donativo \$7.00 M.N.



La Cuaresma

Se cuenta de San Eusebio que, cuando era diácono, al llevar al altar un cáliz preciosísimo, tropezó y lo dejó caer. El cáliz quedó destrozado. San Eusebio quedó un momento espantado, y miraba los rubíes desprendidos, los esmaltes rotos y la copa partida en dos sobre el pavimento. Después, olvidándose que detrás de él se aglomeraba un público numeroso, llorando amargamente, recogió los fragmentos colocándolos sobre el altar. ¡Oh, maravilla! Todos los fragmentos se unieron tan perfectamente, que el cáliz quedó como antes, íntegro, e intacto.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un cáliz de valor infinito, purificado con la Sangre de Cristo: es nuestra alma. Pero quizá en un momento de pasión, en una hora de tentación, en una negra tarde de carnaval, la hemos dejado caer en el barro y en los peñascales del pecado. Súbitamente nuestra alma se ha hecho pedazos, ahuyentando al Es-

píritu Santo que en ella había colocado su dulce morada, perdiendo el oriente de la perla de la gracia, para teñirse de la negrura del pe-

cado. Si así es, imitemos a San Eusebio; olvidémonos de todo, entremos dentro de nosotros mismos, recojamos los giros de nuestra alma desgarrada por el pecado y, llorando, coloquémosla sobre el altar de Dios: también se realizará en ella el milagro del cáliz roto.

Bienvenida sea la cuaresma: no hay en todo el año un tiempo más propicio que éste, ni unos días más hermosos que estos para atraer la misericordia de Dios y remediar los males del alma.

Por eso recibamos con agrado algunos consejos, tomados del Santo Evangelio, que hemos de tener en cuenta y que nos ayudarán a aprovecharnos de estas semanas, mismos que se deducen del ejemplo de Nuestro Señor.



Huyamos de las ocasiones

Dicen los antiguos poetas que hubo una muchacha llamada Atalanta; siempre se llevaba la palma en todas las carreras, era invencible. Muchos habían competido con ella y todos habían sido vencidos vergonzosamente. Pero he aquí que Hipómenes se propuso vencerla valiéndose de la astucia. Todos los espectadores se reían de su derrota, cuando él comenzó a arrojar en el camino manzanas de oro. Atalanta maravillada de su brillo, se detenía para recogerlas y mirarlas, pero, entre tanto, los espectadores atronaron la plaza con sus aplausos.

Hipómenes la había pasado en aquel momento y llegaba a la meta.

Al oír los aplausos, sintió la velocísima muchacha una sacudida, todo lo comprendió; las manzanas rodaron de sus manos, pero todo fue inútil; había sido vencida para siempre.

Sabemos que Atalanta e Hipómenes no existieron, pero sabemos que existen el alma y el demonio. Nuestra alma es como un niño que debe emprender una marcha rapidísima hacia el paraíso. Pero el demonio, taimado y perverso, arroja en el camino las manzanas de oro de las ocasiones: aquella compañía, aquella reunión, aquella persona, aquella diversión.

Hermanos del alma, no nos detengamos a recoger los frutos engañosos de nuestro enemigo, porque perderemos la carrera de la vida.





quieren ofender a Dios y concurren a espectáculos, a reuniones en las que se encuentran con personas capaces de infundir en el alma impresiones mortíferas. Dicen que no quieren ultrajar a Dios y con la moda y las provocaciones están pregonando que desean ver y ser vistas de todos.

No nos forjemos ilusiones: con estas disposiciones no se puede llevar a cabo la conversión.

Mortificación y oración

Hace reír, o por mejor decir, llorar, la ingenuidad de aquellas almas que se proponen no ofender más al Señor y pasar una santa cuaresma, pero no quieren confesarse ni abandonar sus costumbres pecaminosas y las ocasiones funestas que los exponen a caer en el pecado.

Hablan de conversión y después se aferran a todo aquello que puede pervertirlos. Dicen que no quieren ofender a Dios y se entregan a la lectura de periódicos, de revistas y libros sospechosos o inmorales.

Afirman que no quieren disgustar a Dios y hablan unas conversaciones que son la ruina del pudor y de la caridad. Declaran que no

La mortificación primera que debemos practicar es la que nos ha recomendado la Iglesia: el ayuno y la abstinencia en los días señalados. Comer carne los días de abstinencia mandados por la Iglesia, sin dispensa o sin causa justificada, **es pecado mortal**. ¡Es una vergüenza que muchos católicos no ofrezcan este pequeño sacrificio, por glotonería o por respeto humano, a Jesucristo que no vaciló en derramar toda su Sangre por nosotros!

Y después de haber mortificado nuestra carne, mortifiquemos nuestra avaricia: hay que hacer, durante la cuaresma, alguna limosna. Con ella agradeceremos a Dios los bienes que nos ha otorgado, alegra-

remos a los pobres y a la Iglesia y conseguiremos generoso perdón de nuestros pecados.

Mortifiquemos también nuestro orgullo: si en nuestro corazón hierve algún resentimiento, apaguémoslo; si nos agrada salir siempre victoriosos en casa y fuera de ella, sujetemos nuestro juicio y amor propio; si se nos hace alguna observación, recibámosla afablemente.

A la mortificación añadamos la plegaria. Pero la devoción que particularmente recomendamos, y es muy propia del tiempo que comenzamos es el *Vía Crucis*. Practiquémoslo al menos una vez por semana; los sufrimientos del Hijo de Dios pasarán sucesivamente ante nuestros ojos, se grabarán en nuestro corazón y comprenderemos lo que hasta entonces no habíamos comprendido: que las llagas de Jesús Crucificado son fuentes maravillosas de amor y de virtud.

C u a n d o Longinos atrave-
zó con la lanza el

costado de Cristo muerto, se cuenta que algunas gotas de Sangre cayeron sobre sus ojos enfermos, quedando inmediatamente curados. Si meditásemos afectuosamente la Pasión del Señor, también caerían gotas de sangre preciosa sobre estos nuestros ojos enfermos que se dejan engañar por los mentirosos esplendores del mundo. Nos daremos cuenta perfecta de que lo que importa es salvar el alma y comprenderemos que la mayor desgracia es el pecado.



La palabra de Dios y los Sacramentos

Desde los primeros días del Cristianismo, ha sido la palabra de Dios el alimento con que la Iglesia, en el transcurso del ayuno cuaresmal, ha alimentado a sus hijos. **“No sólo de pan vive el hombre —dijo Jesucristo al demonio—, sino principalmente de la palabra que brota de Dios.”** (*Mat. IV, 4*)



Hay almas débiles que tiemblan ante la tentación y caen miserablemente en ella; que esas almas escuchen la predicación cuaresmal y hallarán la energía espiritual para rechazar los asaltos de las pasiones. Dice Salomón que la palabra de Dios es como un escudo de fuego.

Hay almas endurecidas en los vicios: hace años que no se confiesan ni sienten remordimiento de los pecados cometidos todos los días. Estos necesitan urgentemente

escuchar la palabra de Dios durante la cuaresma. Dice la Sagrada Escritura que la palabra de Dios penetra y conmueve los corazones.

Hay almas que ignoran y desconocen la propia vocación, las principales verdades de la fe y sus propios deberes: tampoco deben éstas descuidar el oír la predicación cuaresmal que iluminará sus inteligencias. Se reza en el libro de los Salmos que la palabra de Dios es como lámpara que ilumina a los que caminan por la senda de la vida.

Todos debemos escuchar ávidamente la voz de Dios que en estas semanas nos habla con tanta frecuencia: y si por nuestra desidia o por cualquier otro motivo perdemos una sola predicación, un día, por eso también, seremos juzgados.

Recordemos finalmente que uno de los motivos principales por que fue establecida la cuaresma, fue para que los fieles se prepararán para la comunión pascual. A esto debemos tender con buena voluntad; para eso examinemos diligentemente nuestra conciencia, entremos dentro de nosotros mismos, palpemos las llagas de nuestra alma. Jesucristo que es la solemnidad de la Pascua verá que estaremos purificados y nos considerará, digamos de acercarnos a Él resucitado.



Tengamos presente que la comunión es la mejor preparación para comulgar provechosamente. No podemos prepararnos más delicadamente para la comunión pas-cual que comulgando frecuente y fervorosamente en este tiempo de cuaresma. Así pensaba y deseaba San Carlos, que suspiraba por ver a los milaneses acercarse a la Eucaristía en todos los días de cuaresma.

Conclusión

Ardía en el desierto de Ziph la guerra entre David y Saúl. David, ocultamente, logra penetrar en el campo enemigo y llegar a la tienda en la que Saúl rendido por la fatiga, dormía plácidamente ron-cando, como sus soldados, e igno-raba que su sueño podía prolongar-

se y convertirse en sueño eterno. David ha desenvainado la espa-da, la levanta para hundirla en el pecho de su enemigo. . . Pero se contenta con cortarle un trozo de su manto real; después se aleja murmurando: *“Que viva un poco más.”*

¡Hermanos en Cristo! No-sotros estamos sumergidos en nuestros pecados y el ángel de la muerte permanece, invisible a nuestro lado. ¿Si desenvainara su espada fatal en este momento, en esta noche o mañana?

Quizá se aleje murmurando como David: *“Que viva un poco más. . . démosle tiempo en esta cuaresma. . .”*

Aprovechémonos, pues, y convirtámonos.



Actualidad Presente de la Pasión de Cristo

La Pasión, a pesar de ser un hecho histórico acaecido hace veinte siglos, tiene una actualidad impresionante.

En primer lugar, Jesús, en Getsemaní, me contemplaba a mí en cada una de las situaciones pecaminosas en que, por desgracia, me había de encontrar; y aquella visión tenebrosa atormentó indeciblemente su alma y hubiera sido capaz por sí sola de quitarle la vida. En este sentido podemos decir que nuestros pecados tienen fuerza retroactiva.

En segundo lugar, es igualmente cierto que, si actualmente el pecado no logra crucificar al Redentor, no es por falta de eficacia interna, sino sólo por incapacidad externa, porque el Señor es ahora impasible. Ponderémoslo atentamente y aumentará en nosotros el horror al pecado, que tal malicia encierra.

Hay muchos que pretenden amar a Cristo, y sin embargo de ello, no dudan en renovar por una nonada los tormentos de su Pasión. No reparan en hacerle sudar sangre, con sus movimientos de cólera e ira mal reprimidos. Le someten al sonrojo de las burlas de Anás y Caifas con sus manifestaciones nada delicadas respecto al prójimo. Le azotan y abren sus divinísimas carnes, dando rienda suelta a los deseos de su apetito. Le coronan de espinas, dejando vagar su pensamiento por terrenos resbaladizos que comprometen la fe. Le obligan a caminar por la senda pedregosa del Calvario, cuando no se atreven a andar por el camino del cumplimiento fiel de su deber. Le crucifican, por no sujetar sus pasiones a la razón, y la razón a Dios. Le abren el costado con el puñal de la ingratitud más espantosa, cuando olvidan que son hijos de un Rey crucificado.



No, Jesús mío, no quiero ya pertenecer a los tales. Desde hoy prometo no unirme más al ejército del mal, que pretende destronarte y dejarte como un pobre rey sin tierra y con una cruz por trono.

Pasión de Cristo como Cabeza del Cuerpo místico

A las razones anteriores hay que añadir una tercera que nos inspira el misterio del Cuerpo Místico de Cristo: la existencia de Cristo en las almas, donde sigue la suerte de las mismas, es decir, donde es sometido a la tortura de la persecución que soporta la Iglesia a través de los siglos.

La verdad es que el mundo está continuamente asestando golpes, disparando ballestas sobre el cuerpo del Redentor. Jesús, es cierto, reina impasible y glorioso en el cielo. Pero deseando ser “hasta el fin” Sacerdote supremo que aplaque al Padre con un sacrificio cruento, pide a las almas buenas como en otro tiempo a la Virgen de Nazaret, que le presten su cuerpo pasible, a fin de padecer en él y aplacar con aquella Pasión la cólera de un Dios ofendido. Por suerte nuestra, hay muchísimas almas que, gozosas por el privilegio sin nombre de que el Hijo de Dios venga a “encarnarse” de una manera mística en ellas, se ofrecen sin limitación alguna, cual víctimas de expiación, al Padre. La realidad de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo posibilita esta sustitución, y, gracias a ella, las Llagas de Cristo están siempre sangrando y aplacan así de una manera visible la ira del Eterno.

¡Oh, qué oficio tan alto y sublime el de estas almas privilegiadas! ¡Encarnar a Cristo; servir de pararrayos a la Humanidad Sacratísima; cubrir frente a los enemigos el Cuerpo del Salvador! Y ¿por qué no he de ser yo del número de estas almas dichosas?

¡Oh, Señor, dignate admitirme en su número, ya que por tanto tiempo he pertenecido al ejército del mal, a

la muchedumbre de los que te aherrojaban por el pecado. Perdóname, Dios mío, y dame gracia para no ofenderte jamás!



La Oración de Mi Madre

Entre todos los relatos de las vidas de los Santos, considerando en este tiempo cuaresmal la necesidad de convertirnos a Dios de todo corazón con lágrimas y penitencia, es oportuno meditar en la conversión de un hombre que llegó a ser un gran Cristiano, sacerdote, obispo y santo: San Agustín, quien reconoció como factor principal de la suya, lo que él mismo da testimonio diciendo: *“Fue por la oración de mi madre”*.

Primeros años

El primer hijo de Santa Mónica nació el año 354 y fue llamado Agustín. Cuéntase que durante su embarazo tuvo revelación de las maravillas que obraría su hijo algún día, si sabía criarle para Dios. Dice San Francisco de Sales que “estando encinta del gran San Agustín, le dedicó muchas veces al servicio de la Religión cristiana y de la gloria de Dios, atestiguan-do él mismo que “en el seno de su madre había empezado a sentir el gusto de la sal de Dios”.

Se esforzaba Mónica en inspirar a su hijo horror al mal y abo-

rrimiento de todo cuanto mancha el corazón, le inspiraba temor de los menores peligros y horror a las más ligeras faltas. “Ella,” escribió más tarde San Agustín, *“me enseñaba a poner a Dios sobre todas las cosas, a no escuchar más que a Él y a amarle con un amor superior a todos los amores.”*

Agustín maniqueo

A pesar de la buena educación que recibió de su madre, Agustín a los 16 años siente rugir en su alma las pasiones y las deja crecer. “¡Oh Dios mío,” escribe en sus Confesiones, *“qué ceguedad la mía! ¡Yo no Os escuchaba y cada vez me alejaba más de Vos!”*. A los 19 le vemos ya aprisionado con una paternidad culpable y a los 20 cae en la herejía de los maniqueos. Habiéndose ido a Cartago a estudiar y sabiendo Mónica que su hijo había apostatado públicamente, vertió por él más lágrimas que las derramadas por madre alguna sobre el féretro de su hijo. Y cuando volvió Agustín a la casa paterna para las vacaciones, a la primera palabra que dejó escapar referente a su he-

rejía, su madre le declaró que no quería verle y le ordenó que saliera de su casa.

Un sueño profético

La noche siguiente Mónica tuvo un sueño: Parecía estar en pie sobre una regla de madera, sumamente triste y abatida, cuando vio venir un joven radiante de luz y alegría. Al acercarse, le preguntó la causa de sus lágrimas, y habiéndole respondido que lloraba la pérdida de su hijo, replicó aquel joven:

“¡Oh, no os inquietéis así; mirad, vuestro hijo está a vuestro lado y en el mismo sitio que vos.” En efecto, Mónica miró entonces con más atención y se aperció de que su hijo estaba a su lado y en pie sobre la misma regla. Y cuando ella refirió este sueño a su hijo, Agustín dijo que significaba que ella podía vivir con esperanzas de ser un día maniquea, pero ella replicó: *“No por cierto, porque a mí no se me dijo que donde él está allí también estás tú, sino al contrario: donde tú estás, allí también está él”*.

Mientras Agustín caía de abismo en abismo, su madre, llena de esperanzas no cesaba de elevar por él sus ruegos en la presencia de Dios. Al consultar con un anciano obispo la situación de su hijo extraviado, le respondió: *“Dejadle, rogad mucho por él, que es lo único que podéis hacer. Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas.”*

Después de nueve años en la secta maniquea, Agustín por fin conoció al más grande orador de ella, pero al pedirle que le solucionara algunas dudas, y no pudiendo contestarle, quedó el joven desilusionado y decidido a abandonar la herejía. Su madre, una vez más, le salvó haciendo una oración tan eficaz y lanzando un grito tan doloroso, que el mismo Agustín, no sabiendo cómo



La conversión

Para la obra verdaderamente divina de que Agustín pudiera renacer, eran necesarias almas que en una consagración altísima hubieran bebido mayor fuerza vivificadora. Lo que la madre comenzó con sus lágrimas, el sacerdote lo acabó con la autoridad y la Sangre de Jesucristo; y cuanto más sumergido esté en el abismo del mal aquél a quien se quiere salvar, mayor es el cuidado



**Agustín observa silenciosamente al obispo Ambrosio
absorto en sus estudios**

explicarse, le compara al de una mujer cuyo corazón chorreara sangre. ¡Revelación incomparable de lo que puede una madre y lección elocuente de lo que está obligada a hacer!

Queriendo Agustín desligarse de su madre, la abandonó y se fue primero a Roma y después a Milán, tomando posesión de su cátedra de Elocuencia. Su madre le siguió después y al encontrarlo, le declaró que su aspiración era hacerle católico.

con que Dios prepara a la madre cristiana y al sacerdote que han de trabajar a una en esa cura sublime. Por esto Dios, después de dar a Agustín una madre como Mónica, dispone que San Ambrosio le ayude en tan grande empresa.

Después de 16 años de errores y conflictos del alma de parte de Agustín, y de oraciones y lágrimas de parte de Mónica, llegó el momento señalado por la Providencia y mientras ella de rodillas pedía fervorosa con todo el ardor de su



corazón maternal la conversión de su hijo, triunfó la gracia y Agustín, convertido, fue bautizado a los 33 años de edad.

Las oraciones de mi madre

El mismo Agustín escribió más tarde: “Vos, Señor, usando conmigo de vuestra paternal benignidad, sacasteis mi alma de una

profundidad tan oscura como ésta, habiendo mi madre derramado delante de Vos más lágrimas por mí que las otras madres por la muerte corporal de sus hijos. Os dignasteis oír sus oraciones y no despreciasteis sus lágrimas. A mi madre, a sus oraciones y a sus méritos debo todo lo que soy. No habéis podido resistir a sus ruegos, y sus



constantes y fervorosos ruegos me han obtenido gracia tan singular”.

¡Oh momento afortunado aquel en que una madre encuentra al hijo que había creído ya muerto! Pero, oh momento, más feliz aún en que la madre cristiana ve renacer en el alma de su hijo la fe, la pureza, el valor y la virtud, y en que, afligida por los dolores de la Iglesia, presiente que este hijo regenerado ha de ser la lumbrera, la gloria y el paladín de esa misma Iglesia!

Madres de familia, aquí tienen el ejemplo acabado de una verdadera madre, aquí tienen el modelo a quién seguir, y en la fortaleza y el amor maternal a quién imitar. La oración es lo que mueve el corazón de Dios, y el corazón de Dios se conmueve con la oración de una madre.

¡Sea para gloria de Dios!





La Porta de la Vocación



La Vida Religiosa

Una vez conocida la vocación, todos tienen el derecho y el deber de seguirla pues constituye también una obligación moral de conciencia: un deber de obediencia a Dios, un deber de caridad personal y, finalmente, un deber de celo frente a una muchedumbre de almas, cuya salvación está más o menos condicionada a nuestra correspondencia a la gracia.

Cuando por culpa nuestra equivocamos el camino, no nos extrañe encontrarnos pronto en un laberinto insoluble, ya que nos salimos de aquel camino para internarnos en la selva oscura del mundo, para el cual no estábamos dotados, ni preparados, y donde no contaremos con los auxilios divinos que en nuestra vocación teníamos.

Mas, quien se extravíe de su vocación, si hace oración y pide la luz divina, fácilmente podrá rectificarse, con poner su voluntad y los medios en ello, pero no así los que yerran y se casan sin vocación al matrimonio. Estos tales se clavan en unas cruces, como el ladrón que, aun al lado del Redentor, murió re-negando amargado y sin consuelo.

La vocación al matrimonio es la más difícil de poder llevar y acer-

tar, y sin embargo es la que suele ser abordada con la mayor ligereza.

Ve hacia Jesús en la Eucaristía, arrodíllate y con sinceridad pregúntale: “Maestro bueno, ¿qué estado he de tener en la tierra para que ocupe el puesto que me has preparado en el cielo?” pregúntaselo todos los días al comulgar, para que te diga cada día los pasos que has de dar en tu camino, y cuando lo sepas, repite en tu corazón la palabra de la Santísima Virgen: “*Fiat...que se cumpla.*”

¡Sea para gloria de Dios!



Nuestro Agradecimiento



Deseamos agradecer sinceramente a todas las personas, y especialmente a nuestros estimados sacerdotes, tanto de aquí de México como del extranjero, que con sus oraciones y limosnas han cooperado a la recuperación de la salud de nuestra Reverenda Madre María de la Eucaristía, pidiendo al cielo por su restablecimiento.

Nuestro buen Dios le ha bendecido con las cruces de la enfermedad, pero junto con su generosa entrega para gloria de Dios y bien de las almas, ha tenido presente a todos y a cada uno de Uds., pidiendo por todas sus necesidades.

Que Dios les pague su caridad como Él sabe hacerlo, y seguimos encomendando a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento todas sus intenciones.

En Jesús, María y José,

Las Mínimas

¡Sea para gloria de Dios!